



Después de tres meses de permanecer en Madrid, fué necesario salir para que no me sorprendiera el verano en el mediodía de España.

Me acordaré siempre de aquella hermosa mañana de Mayo, en que abandoné, tal vez para siempre, á mi querido Madrid. Salí para Andalucía, la tierra prometida de los viajeros, la fantástica Andalucía, cuyas maravillas había oído celebrar tanto en Italia como en España, por novelistas y poetas, aquella Andalucía por lo cual puedo muy bien decir que había emprendido el viaje. ¡Y no obstante, estaba triste! ¡Había pasado en Madrid días tan felices! ¡Dejaba allí amigos tan queridos!

Para ir á la estación del Mediodía atravesé la calle de Alcalá, saludé de lejos los jardines de Recoletos, pasé por delante del Museo de pintura, me detuve á contemplar una vez más la estatua de Murillo y llegué á la estación con el corazón oprimido.

—¿Tres meses?...—me preguntaba yo, poco antes de emprender el tren su rápida marcha,—¿hace ya tres meses? ¿No ha sido un sueño?

¡Sí, era en efecto, como si hubiese soñado!

—¡Ya no veré más á mi buena patrona, ya no volveré á ver á la nieta de Saavedra, ni la cara dulce y tranquila de Guerra, ni á los amigos del café de Fornos, ni á tantos conocidos como allí dejaba!—¡Volver!—¡Oh, no, harto sé yo que no podré volver! Así, pues... ¡adiós, amigos míos! ¡adiós, Madrid! ¡adiós, mi cuartito de la calle de la Aduana! ¡Me parece que en este momento me arrancan una fibra del corazón y me veo obligado á esconder el rostro!...

VI

ARANJUEZ

Lo mismo que cuando se llega por la parte del Norte, que cuando se sale de Madrid por el camino del Mediodía, se recorren campos solitarios que recuerdan las provincias más pobres de Aragón y de Castilla la Vieja. Son vastas llanuras amarillentas y estériles; diríase que si se golpeara la tierra, ésta ha de resonar como una caja vacía o quebrarse como la corteza de una torta quemada. Vense pocos y miserables pueblos, del mismo color de la tierra, que parece han de encenderse como un montón de hojas secas, sólo al aproximar á ellas un fósforo encendido. Después de una hora de viaje, mi espalda buscó la pared del vagón, mi codo buscó también un apoyo y caí en un profundo letargo, como un miembro del «Ateneo d' ascoltazione», de Giacomo Leopardi. Poco después de haber cerrado los ojos, cuando fuí despertado por unos gritos espantosos de mujeres y niños, y me puse en pie, preguntando á mis vecinos qué había sucedido. Apenas había formulado la pregunta, me sorprendió una carcajada general. Varios cazadores dispersados por el campo, al ver llegar el tren, se habían puesto de acuerdo para dar un bromazo á los viajeros. Hablábase entonces de la aparición

de una partida carlista en los alrededores de Aranjuez; los cazadores, fingiendo ser la vanguardia de la partida, habían dado grandes voces al pasar el tren, como si dieran aviso al grueso del ejército, haciendo al mismo tiempo ademán de apuntar á los viajeros; y de aquí la algazara y los gritos. Pero en seguida levantaron al aire las culatas, para dar á entender que todo había sido una broma. Pasado el pánico, del cual participé también, volví á caer en mi letargo académico; pero desperté de nuevo á los pocos minutos, aunque esta vez por un motivo mucho más agradable.

Miré á mi alrededor: aquellos campos desiertos se habían transformado, como por encanto, en un inmenso jardín lleno de preciosos bosquecillos, cortado en todos sentidos por largos paseos, sembrados de casitas campestres y cabañas cubiertas de verdura; aquí y allá alegres fuentecillas, retiros umbrosos, prados floridos, viñedos, sendas, y un verdor, una frescura, un olor de primavera, un ambiente de dicha y de placer que transporta el alma á un paraíso. Habíamos llegado á Aranjuez. Descendí del tren, seguí una hermosa calle sombreada por dos hileras de árboles gigantescos y me hallé á los pocos instantes frente al palacio real.

El ministro Castelar ha escrito recientemente en su «memorandum», que la caída de la monarquía española se dejó prever y se pudo predecir desde el día en que una turba del populacho, la injuria en los labios y la cólera en el corazón invadió el palacio de Aranjuez para turbar la tranquilidad majestad de sus soberanos. Me hallaba precisamente en aquel sitio, donde el 17 de Mayo de 1808 tuvieron lugar los acontecimientos que fueron el prólogo de la guerra civil y como primera palabra de la sentencia que condenó á muerte á la antigua monarquía. Busqué en seguida con la mirada las ventanas del departamento del príncipe de la Paz; me representé en la imaginación la escena de cuando aquel favorito huía de sala en sala, pálido y demudado, en bus-

ca de un escondrijo, al eco de los gritos de la multitud que subía la escalera; vi al pobre Carlos IV colocar con manos temblorosas la corona sobre la cabeza del príncipe de Asturias; todos los cuadros de aquel drama terrible aparecieron ante mis ojos; y el silencio profundo de aquel sitio, y la vista de aquel palacio cerrado y abandonado, me hicieron sentir frío en el corazón.

El palacio tiene la forma de un castillo fortaleza; es de ladrillo, con los ángulos de piedra blanca y el techo de pizarra. Es ya sabido que Felipe II lo hizo construir por el célebre arquitecto Herrera, y que todos sus sucesores lo embellecieron, habitándolo durante la estación calurosa.

Entré. El interior es espléndido: tiene una sala brillantísima para la recepción de los embajadores, un hermoso gabinete de Carlos III, un magnífico gabinete tocador de Isabel II y una profusión de preciosos adornos.

Los jardines de Aranjuez (Aranjuez es el nombre del pequeño pueblo que está á poca distancia del palacio real) parecen haber sido hechos por una familia de reyes titanes, para los cuales los parques y jardines de nuestros reyes hubieran parecido «parterres» de terrado ó pequeños parques de ovejas.

Senderos hasta perderse de vista, bordeados de árboles de una altura desmesurada, que unen sus ramas inclinándose unos hacia otros, como doblados por contrarios vientos, y forman un bosque cuyos límites no alcanza la vista; y á través de este bosque, el ancho y caudaloso Tajo describe una curva majestuosa, dando vida aquí y allá á cascadas y fuentes, y á una vegetación rica y apilada que florece en un laberinto de sendas y encrucijadas. Por todas partes estatuas, surtidores, columnas, elevados juegos de agua que caen formando cascadas, y todas las flores posibles de Europa y América; y al murmullo majestuoso de la corriente del Tajo se une el canto de innumerables ruiseñores, que lanzan sus trinos en la

sombra misteriosa de los solitarios senderos. En el fondo de los jardines se levanta un pequeño palacio de mármol, de modesta apariencia, que encierra todas las maravillas de la más magnífica residencia real, y donde se respira todavía la atmósfera íntima de la vida de los reyes de España. Allí se encuentran los gabinetes secretos, cuyo cielo-raso se toca con las manos, la sala de billar de Carlos IV, los almohadones bordados por manos de las reinas, los relojes con música que alegran la ociosidad de los niños, las angostas escaleras, las estrechas ventanas que guardan cien tradiciones de los caprichos de los príncipes, y en fin, el más rico retrete de Europa, debido á un capricho de Carlos IV, y que encierra por sí solo riqueza bastante para edificar otro palacio, sin que perdiera la noble primicia de que está orgulloso por encima de todos los gabinetes destinados al mismo uso. Más allá de este palacio, y rodeados de bosques, se encuentran viñedos, olivares, plantaciones de árboles frutales y alegres praderas. Es un verdadero oasis rodeado de un desierto, que Felipe II escogió un día de buen humor para dulcificar con una imagen alegre la negra melancolía del Escorial. Al volver del palacio de mármol al palacio grande, por esas largas sendas, á la sombra de esos árboles grandiosos, en esa profunda paz del bosque, pensando en los espléndidos cortejos de damas y caballeros que en otros tiempos siguieron el paso de jóvenes y alegres monarcas y de reinas caprichosas y sin freno, arrullados por los cantos de amor y los himnos que celebraban la grandeza y la gloria de España invencible, y repetía melancólicamente con el poeta de Recanati:

«...Todo es paz y silencio.
Ya de ellos no habla nadie...»

Y mirando á los bancos de mármol medio escondidos bajo el ramaje, ó siguiendo con los ojos algunos senderos que se pierden en lontananza

pensando en aquellas reinas, en aquellos amores, en aquellas locuras, no pude contener un suspiro, que no era por cierto un suspiro de piedad, y cierta amargura se apoderó de mi corazón. Me preguntaba como el pobre Adán, en el poema «El diablo mundo»:—«¿Cómo son hechas esas damas?—¿Cómo viven?—¿Qué hacen?—¿Hablan, aman, juegan acaso como nosotros?» Y salí para Toledo, soñando en el amor de una reina, como un joven aventurero de las «Mil y una noches».

VII

TOLEDO

Cuando nos acercamos á una población desconocida, necesitaríamos tener junto á sí alguien que la hubiese visto y que pudiera advertirle en el momento oportuno, para que se asomara á la ventanilla y abarcara todo el aspecto de la población con una sola mirada. Un viajero me dijo:—«Ahí tiene usted á Toledo».—Saqué la cabeza por la ventanilla, y lancé un grito de admiración. Toledo se halla construída sobre una altura de rocas escarpadas, al pie de la cual corre el Tajo describiendo una ancha curva. Desde abajo sólo se ven rocas y más rocas y muros de fortaleza, sobre los muros las cimas de los campanarios de las torres. Las casas quedan ocultas; la ciudad os parece cerrada é inaccesible, y más bien presenta el aspecto de una ciudadela abandonada, que el de una ciudad habitable. Desde las murallas á la orilla del río no hay una casa, ni un árbol; todo es desnudo, seco, abrupto, escarpado; no se ve alma viviente; diríase que para subir será necesario escalar, é imagináis que en cuanto parezca un hombre al pie de aquella rápida pendiente, floverá sobre él, desde lo alto de las mu-